

En el desenvolvimiento de la humanidad no hay milagro, todo se encadena como la causa y el efecto; si no alcanzamos á conocer la causa, no apelemos por esto al prodigio, como los pueblos en su infancia; confesemos la debilidad de nuestra razon, ó, lo que sucede con más frecuencia, la ceguedad de nuestras preocupaciones. El cuadro sombrío de la Edad Media que últimamente ha trazado *Michelet* es tan fantástico como el poético que ántes formára, y hay en él, además, injusticia. La religion, dice el historiador frances, está en decadencia del siglo XII al XV. ¿Serian entonces los bellos tiempos de la religion los siglos X y XI, época de disolucion y de anarquía, en que la Iglesia y la religion amenazaban perecer á la par? La literatura es decrepita, continúa *Michelet*: "como que reaparece la imbecilidad del pobre *Fredegario* en ciertos monumentos del siglo XV." ¿Es que *Fróissart* y *Commines* son *Fredegario*? ¿Es que la *Imitacion de Jesucristo* es una obra de estupidez? ¿Es que el *Infierno* del *Dante* es una rapsodia? *Michelet* añade que los hombres habian degenerado al punto de que dejaron de ser hombres; ¿cómo no advierte el ingenioso escritor que caía en un absurdo? ¡El siglo XVI es un héroe, y este héroe, con su salvaje energía, habría tenido por padre y abuelos hombres que ya no eran hombres!

No queremos detenernos más en combatir á un autor que amamos; comprendemos los bruscos cambios de un escritor que es tanto como historiador poeta; el triste espectáculo que ofrece lo presente explica la repugnancia que debe experimentar un hombre de lo porvenir por un pasado que ciegos espíritus quisieran restaurar. Pero tengamos más confianza en nuestras ideas; la humanidad no retrocederá á la Edad Media. Insultar lo pasado es una muestra de debilidad tanto como una obra de injusticia. Somos bastante fuertes para no tener que temer el estudio más serio del catolicismo; cuanto más se lo conozca, más se ahonda el abismo que lo separa de las sociedades modernas. Entremos, pues, resueltamente en el estudio de los hechos, y hagamos á los muertos la justicia que les es debida.

La Reforma es una revolucion intelectual, y ha debido influir en las inteligencias para establecerse y consolidarse. ¿Cómo habría podido remover las almas si no hubiera encontrado ningun eco en la conciencia general? Si fué la Reforma acogida

con tanto entusiasmo, fué porque estaban preparados los espíritus y la esperaban; y esto es tan cierto, que nada enseñaron los reformadores que no se hubiera ya dicho ántes de ellos. El dogma de la justificacion por la fe fué profesado por los precusores que tuvo la Reforma en el siglo XV en Inglaterra, en Alemania y en los Países Bajos; asociaciones religiosas opusieron á la religion exterior de Roma una religion interior que vivía de la fe; el misticismo, que tiene tan profundas raíces en el genio aleman, preparó al pueblo á la reforma del catolicismo; así se explican los rápidos progresos que hizo la Reforma en todas las clases de la sociedad; sin esta larga preparacion, la revolucion sería inexplicable; sería un milagro, es decir, no habría existido.

¿Quiere esto decir que no entráran por nada los reformadores del siglo XVI en la revolucion á que dieron su nombre? No dirémos nosotros que sin Lutero no habría habido Reforma; todo estaba maduro para una revolucion; si el monje sajón no la hubiera hecho, otro la habría realizado en su lugar; que la influencia de los hombres de genio no es tan grande como se supone; ellos son la expresion del estado social en que viven, en el sentido de que si hubieran venido en otra época no habrían ejercido ninguna influencia sobre la sociedad; su accion se debe, pues, á las circunstancias históricas en medio de las cuales aparecen; y estas circunstancias no son ellos quienes las forman, las encuentran al nacer, son la obra de la humanidad; que se desarrolla por sus propias fuerzas, bajo la inspiracion de Dios. No son los grandes hombres los que forman la humanidad, sino la humanidad quien hace los grandes hombres. Y esto es verdad, aún tratándose de los más grandes entre los grandes, los reveladores. San Agustín dice que Jesucristo no vino ántes, porque su venida habría sido inútil, no estando todavía dispuestos los espíritus para recibir la *buena nueva* (1). Se necesitaba, pues, que estuvieran preparados por todo el trabajo de la antigüedad para que se hiciera posible la predicacion evangélica. Lo propio puede decirse de Lutero; si logró separar de la santa sede la mitad de la Europa cristiana, fué porque vino en el momento en que la revolucion estaba madura. Empero no pretendemos, al poner la humanidad

(1) Véase la parte cuarta de estos *Estudios*.

por cima de los grandes hombres, rebajar estas ilustres individualidades en provecho de las masas; los grandes hombres son realmente los elegidos de Dios, son los agentes de sus designios, mas agentes libres, y ésta es su gloria. Entre los más ilustres de estos elegidos se cuentan los que dan el pan de la vida á la humanidad; y despues de Jesucristo, no los ha habido más grandes que los reformadores, pues que han reanimado el sentimiento de la religion, sin el cual no existe la vida.

N.º 2.—La Reforma religiosa.

1.—Gérmenes de la Reforma.

¿Cómo pudo nacer el pensamiento de una reforma religiosa en medio de una edad de fe? La necesidad de la Reforma nació de los abusos y de las faltas inherentes al cristianismo. Hay un elemento supersticioso en las Sagradas Escrituras, y es la señal del tiempo en que aparecieron los profetas y Jesucristo; que ningun hombre, ni aún el más grande, se libra del imperio de las circunstancias en cuyo seno se desenvuelve; y de ahí la mezcla necesaria de imperfeccion que vicia más ó ménos todas las obras humanas. En vano ponen los cristianos su religion por cima de la esfera de cambios y perturbaciones en que las pasiones se agitan; las mismas palabras de Aquel á quien veneran como Dios prueban que participaba de los errores y las preocupaciones de su época. Ábrase el Evangelio, y á cada paso se verá que se trata de ángeles y de demonios; á cada página se encuentran sucesos imposibles; aquí se encarna Dios en el seno de una Virgen; allí Jesucristo y los apóstoles resucitan á los muertos é imponen su voluntad á la naturaleza. De otra parte, por pura que sea la moral evangélica, no está al abrigo de toda censura: cree Jesucristo en el próximo fin del mundo; ¿de qué sirven, pues, entónces los cuidados de la vida? Se debe abandonar y despreciar el mundo para no pensar sino en la propia salvacion: de aquí un espiritualismo excesivo que destruye las condiciones de la existencia, tal como Dios la ha formado. Los ritos instituidos por Jesucristo son actos cuyo misticismo raya en la supersticion: bautismo que nos abre el reino de los cielos; cena en que el Hijo de Dios da á comer su cuerpo á sus discípulos. En fin, al enviar á los apóstoles á difundir la

buena nueva entre los hombres, les confiere Jesucristo el poder de atar y desatar, poder inconciliable con las leyes de la razon y que conduce á los abusos más repugnantes.

Hay, pues, gérmenes de supersticiones y de abusos en la misma predicacion de Jesucristo. Añádase á esto el medio en que el cristianismo se desenvolvió: el mosaismo con sus observancias legales, el paganismo con sus mil divinidades, el mundo germánico con su barbarie, y se comprenderá que bajo la influencia de tales circunstancias habían de borrarse ó desnaturalizarse los elementos de eterna verdad que contiene la *buena nueva*; los elementos supersticiosos, las preocupaciones, los errores transitorios debían crecer y concluir por imperar. Tal fué lo que sucedió. No debe hacernos caer la teología católica en ilusion acerca del estado real de las creencias. En vano se habla de la concepcion metafísica de la Trinidad; la Edad Media no conocía más que un Dios, Jesucristo; y aún iguala á su poder el de su Madre, verdadera Diosa, que por tal ha quedado en la religion popular. Mas no bastan á pueblos infantes un Dios y una Diosa; necesitan divinidades más accesibles, con las cuales pueden tratar como de igual á igual; los ángeles y los santos son los semidioses del catolicismo; la distincion que hacen los teólogos entre el culto de *dulia* y el de *latría* no ha sido jamas comprendida por las masas. Al lado de estos genios benéficos pone la Edad Media un sér maléfico que lucha con Dios, que interviene en los actos diarios de la existencia de los hombres, que tiene sus adoradores y su culto. La religion práctica y la moral estaban á la altura de la teodicea: la adoracion de la Virgen y de los santos es un verdadero fetichismo; la misa y los sacramentos son ceremonias exteriores que obran como *mágicos encantamientos*, sin transformar las costumbres; obras materiales constituyen el ideal de la devocion. El culto de la Virgen y de los santos se convierte en principio de desmoralizacion, y el poder que se arroga la Iglesia de abrir y de cerrar por sus indulgencias las puertas del cielo hace de la penitencia un cálculo y de la salvacion una operacion de banca.

Hé ahí, no el catolicismo teórico, mas las supersticiones y los abusos del catolicismo real; y podría, por consecuencia, decirse, sin grande exageracion, que la religion de la Edad Media, y bajo

muchos respectos la religion de nuestros días, no es más que un paganismo bajo formas cristianas. Nada tenía ya de comun el catolicismo con la religion interior de Jesucristo, con la fe predicada por San Pablo. Empero las enseñanzas del Cristo y de su gran apóstol se hallaban contenidas en las Escrituras que en vano trataba el clero de sustraer á los ojos de los fieles. La oposicion entre la Iglesia material y la predicacion evangélica era tal, que se hacia inevitable una reaccion contra el catolicismo, y estalló tan luégo como comenzó á asentarse la sociedad, trastornada por la invasion de los Bárbaros. Apénas se hubo constituido la feudalidad, cuando surgieron sectas de todos lados, las cuales tenían por rasgos comunes, que hacen de las herejias la aurora de la Reforma, una viva reprobacion de la Iglesia romana, de la Babilonia moderna, y la vuelta hácia los tiempos evangélicos, la apelacion incesante á la Sagrada Escritura. Háse buscado el origen de las herejias en una tradicion más ó ménos fabulosa; pero es inútil hacer esfuerzos de ciencia para descubrir su principio; nacieron naturalmente de una necesidad religiosa que no satisfacía ya el catolicismo. La Iglesia creyó poder ahogar en sangre las herejias; pero subsistiendo la causa que las provocaba, eran impotentes las hogueras; el fuego se cubría bajo la ceniza de los mártires.

En los siglos XIV y XV aparecen los precursores teológicos de la Reforma. Wiclef combate todo el sistema de la Iglesia católica, y lo hace exagerando la gracia y la predestinacion, como hicieron despues de él los protestantes. Hus fué un reformador más tímido; lo era por sus instintos, por sus tendencias, más que por la razon; mas supo morir por su fe, y su hoguera produjo un incendio que amenazaba extenderse á toda Alemania. Al lado de estos nombres, de todos conocidos, había pensadores cuya existencia era casi ignorada de los protestantes del siglo XVI. Y, sin embargo, ¡cosa notable! enseñaban los mismos dogmas que Lutero y Calvino. Salvando del olvido su memoria, ha prestado la ciencia alemana un importante servicio á la historia de la humanidad, pues que por la vida y por la doctrina de estos precursores desconocidos se ve cómo se cumplen las revoluciones; no son los grandes hombres que en ellas figuran quienes las hacen; ponen sólo su poderosa individualidad al servicio de ideas ántes de ellos por la

conciencia general elaboradas. No son los más grandes de los revolucionarios los novadores propiamente dichos; éstos se limitan de ordinario á formular los votos de los pueblos, y con frecuencia exagerándolos; los verdaderos novadores son esos hombres oscuros que se inspiran en los sentimientos de la humanidad y preparan en la sombra las creencias destinadas á ser un día el pan de vida del género humano. Tal es la historia de la Reforma; preexistía á Lutero, y el monje sajón no hizo más que darle su nombre y prestarle su fuerza.

II.—La heterodoxia.

Suele representarse la Edad Media como una época de gándida fe; pero la fe sin mezcla de duda es más que un ideal, una utopia, utopia que no se realizará jamas y que, digase lo que se quiera, ménos puede realizarse bajo el cristianismo que en la religion de lo porvenir, pues que la religion revelada descansa en un hecho falso y en una idea falsa, y el error no puede ser aceptado jamas por la universalidad del género humano. Tal es la causa de las protestas que desde su nacimiento han acompañado á la revelacion cristiana y que no faltarán mientras haya adoradores del Dios-Hombre. Produjéronse en la Edad Media bajo las formas más diversas: ya era el sentimiento religioso rebelándose contra la Iglesia dominante; ya era la razon combatiendo la fe; ya la incredulidad que se abría paso en la filosofia, en la literatura y en las costumbres.

Las herejias de la Edad Media eran mucho más radicales que el protestantismo; áun aquellas que quedaban dentro de los límites del cristianismo tradicional excedían con mucho á las tímidas reformas del siglo XVI; no dejaban nada en pié en la Iglesia, y esa fué la razon por que fracasaron, pues para que las revoluciones sean viables debén aceptar lo pasado, trasformándolo. Al lado de las sectas cristianas las había que no conservaban del cristianismo más que el nombre. ¿Pueden llamarse cristianas doctrinas que profesan el panteísmo? Un movimiento más notable se produjo todavia en la Edad Media, y fué el de las aspiraciones persistentes hácia una religion progresiva. *El Reinado del Espíritu Santo y El Evangelio Eterno* indican con su nombre que estas tentativas se ligan al cristianismo histórico. Pudiera, pues, creerse que la humanidad concibió desde la Edad Media la idea del

progreso en la esfera de la religion; pero sería caer en ilusion atribuir tal importancia á aquellos ensueños apocalípticos que revelan sólo una necesidad del espíritu humano; eran instintos, no doctrinas.

Pasa la escolástica por ser enteramente cristiana. Verdad es que comenzó por ser una dependencia de la teología, y áun tal fué en apariencia su papel durante toda la Edad Media. Al principio de la era feudal declara *San Damian* que "la filosofia es la sierva de la teología, y que debe seguir á su ama, por miedo de extraviarse si toma la delantera" (1). En la edad de oro de la escolástica proclama *Alberto Magno* la teología la ciencia por excelencia: "Ella, dice, domina todas las demas ciencias; sólo ella posee la verdad, sólo ella es la sabiduría" (2). Tal es todavia en el siglo XV la opinion de *Gerson* (3). El altivo lenguaje de la teología ha engañado á los historiadores, haciéndoles tomar por realidad las pretensiones. Niega *Brucker* el nombre de filósofos á los escolásticos, porque, faltos de toda libertad de espíritu, se pusieron al servicio de la corte de Roma é hicieron de la ciencia un instrumento de la dominacion papal (4). Abundan los escritores modernos en este órden de ideas; dicen que "la escolástica no es otra cosa que el empleo de la filosofia como simple forma en servicio de la fe" (5); y, sin embargo, aquellos mismos doctores que los filósofos repudian como demasiado encadenados por el dogma para conservar la independencia de la razon, son acusados, así por los reformadores como por los neocatólicos, de ceder demasiado á la razon. *Melanchthon* reprocha á los escolásticos el no admitir otra justicia que la de la razon, y el enseñar que el hombre puede amar á Dios sobre todas las cosas sin el auxilio de la gracia; ¿de qué serviría entonces el cristianismo? exclama el amigo de Lutero (6). *Schlegel* no encuentra bastante cristiana la escolástica; porque se atiene demasiado á Aristóteles, y es, dice, racionalista en el fondo (7).

Si hubiéramos de escoger entre estas dos opi-

(1) DAMIANI, *Opusc.* XXXVI, 5 (Op., t. III, p. 271).

(2) ALBERTUS MAGNUS, *Summa Theologica, Tractat. II, proem.* (Op., t. XVII, p. 18).

(3) "Theologia scientias omnes alias subditas habet velut ancillas." (GERSON, *Op.*, t. I, p. 189).

(4) BRUCKER, *Historia philosophiæ*, t. III, p. 713, 724.

(5) TENNEMANN, *Geschichte der Philosophie*, t. VIII, p. 12.—CELSIN, *Cours de l'histoire de la philosophie*, lec. IX.

(6) *Apologie de la Confession d'Aspboung (de Justific.)*, 61.

(7) J. SCHLEGEL, *Philosophie der Geschichte* (lec. XIV, t. XIV, página 180); *Geschichte der Literatur* (lec. X, t. II, p. 42-44).

niones, preferiríamos la última. La filosofia de la Edad Media, á pesar de su aspecto ortodoxo, no es por eso ménos enemiga del cristianismo; y así tenía que ser, porque la filosofia no puede aceptar la revelacion; la oposicion está, pues, en la fuerza de las cosas; puede estar por largo tiempo latente, oculta para aquellos mismos que se llaman juntamente creyentes y filósofos; mas acaba por estallar, y entónces el divorcio es eterno. No se produjo en la Edad Media la ruptura de una manera abierta; aunque hostil á la libertad del pensamiento, jamas la Iglesia condenó la filosofia como tal, contentándose, en su prudencia, con reprobar los errores de los filósofos. No ménos prudente por su parte, la filosofia no atacó abiertamente la religion; comenzó por ayudar á la teología y construir sus sistemas; pero es contrario á la naturaleza de la razon servir de instrumento, y es contrario á la esencia de una religion revelada reconocer la independencia de la razon. No podía, pues, subsistir la alianza de la religion y la filosofia; la excision se produjo en el siglo XIV; la razon fué declarada incompetente en el dominio de la teología; era una mera separacion corporal más bien que un divorcio; pero esto sólo era ya una revolucion. Durante la Edad Media, la teología era hasta tal punto absorbente, que toda ciencia le estaba subordinada; y al separarse de ella la filosofia en el siglo XIV, secularizó la ciencia y recobró su independencia la razon. En cuanto á la teología, declarada incompatible con la razon ó por cima de la razon, fué por esto mismo abandonada, y perdió insensiblemente su autoridad.

La filosofia mantuvo enfrente de la Iglesia el derecho de pensar libremente, y esa es la gloria de la escolástica. ¿De dónde venía este elemento de libertad, tan extraño al catolicismo? Era un legado de la antigüedad; los pocos rayos de la filosofia griega que penetraron á traves de las nubes de la barbarie feudal bastaron para iluminar á los espíritus y para impedir la dominacion absoluta del catolicismo. La influencia de Aristóteles interpretado por los Árabes no fué sólo una influencia de iniciacion; depositó en los espíritus gérmenes de doctrinas anticristianas que condujeron á una oposicion radical contra la ortodoxia católica, y de ahí procede la corriente de incredulidad filosófica que comienza en el siglo XII y se prolonga hasta los tiempos modernos.

No data del siglo XVIII la incredulidad, data de la Edad Media; y no era sólo la aberración de algunos filósofos; penetró en las costumbres, se reveló en la literatura popular y se manifestó por la indiferencia y el escepticismo. Esto se explica más fácilmente que se cree. Una religión que impone á la razón creencias que la razón no puede admitir, conduce fatalmente á la incredulidad; los dos extremos se tocan; cuanto más supersticioso fuera el catolicismo, más apasionada debía ser la reacción. La injuria más sangrienta que se ha dirigido al Cristo no viene de los libres pensadores; fué la Edad Media quien colocó al *Hijo de Dios* entre los impostores, con *Moisés* y *Mahoma*. No es la incredulidad un movimiento puramente negativo; cuando la razón se desliga de toda religión, es porque las religiones positivas no le satisfacen; y la crítica, por amarga que sea, implica la aspiración á una religión más perfecta, y aún á veces contiene los elementos de una nueva creencia. Así sucedió con el paganismo, que parecía renacer en el siglo XV con la literatura de Grecia: era una reacción excesiva contra el espiritualismo cristiano, el deseo instintivo de una religión que satisficiera todas las necesidades de la humanidad; mas esta religión no podía ser la del siglo XVI, será la religión de lo porvenir.

III.—La Reforma y la Edad Media.

Había dos movimientos en la Edad Media: uno que tendía á reformar el catolicismo, y otro que excedía del cristianismo, para conducir, ya á la filosofía ó á una nueva religión, ya á la indiferencia, ya á la incredulidad. El movimiento reformador era legítimo. Por su tendencia á atribuirlo todo á las obras exteriores, comprometía el catolicismo la existencia misma de la religión y de la moralidad; sin una reforma se habría corrompido la cristianidad en una superstición peor que el paganismo, porque éste respetaba á lo ménos la libertad del espíritu humano, mientras el catolicismo amenazaba destruirlo. Pero si importaba reformar á la Iglesia, era igualmente necesario atajar el movimiento anticristiano de las sectas, de la filosofía y de la incredulidad; y de otro lado no había llegado aún el tiempo de una religión superior al cristianismo; los que á ella aspiraban sólo tenían vagos instintos; su caridad conducía á la abdicación de la in-

dividualidad y á la comunidad universal, es decir, á la destrucción de la humanidad. No tenía la filosofía estas pretensiones extravagantes; mas presentaba otro peligro, el de debilitar el sentimiento religioso; no se hallaba en estado de preparar una nueva religión, y de hecho no pensaba en ello; pero expresaba una necesidad legítima al reclamar la libertad de pensar. Por último, no podía prevalecer la incredulidad en cuanto es una tendencia negativa, porque el hombre no vive de negación, sino de fe.

Los elementos religiosos é intelectuales de la sociedad cristiana en el siglo XVI eran, de un lado, una Iglesia corrompida y una religión degenerada; de otro, una filosofía incrédula que iba difundiendo el indiferentismo entre las masas. ¿Qué necesitaba la humanidad? Una regeneración del sentimiento religioso que diera nueva fuerza al cristianismo, depurándolo y haciéndolo aceptable para la conciencia general. Tal fué la obra de la Reforma. De cuantas acusaciones se han dirigido por un ciego espíritu de partido contra los reformadores, ninguna es tan injusta como la de haber debilitado las creencias religiosas. La misión de la Reforma era precisamente vigorizar el cristianismo, y lo hizo llevando hasta el exceso el dogma de la gracia y de la predestinación y despojando al hombre de la libertad de que tan mal usaba. Tan severa fué para las sectas anticristianas de la Edad Media como la misma Iglesia ortodoxa; rechazó la idea de un cristianismo progresivo, y mantuvo firme é inquebrantable el principio de la revelación. Ruda guerra hicieron, además, los reformadores á la filosofía en cuanto alteraba el sentimiento cristiano; espantábanse aquellos discípulos de San Pablo y de San Agustín de las tendencias pelagianas que se abrigan en la misma escolástica ortodoxa, y tenían sus dificultades en considerar como cristianos á hombres que ponían la moral de Aristóteles al nivel de la Sagrada Escritura. Ocioso es añadir que la incredulidad y el indiferentismo eran para los reformadores los más grandes de los crímenes; se ensañaban contra los que se apartaban de la doctrina evangélica con un vigor igual al que empleaban los católicos para reprimir á los enemigos de la Iglesia.

Teniendo que combatir á la par una Iglesia corrompida y tendencias anticristianas, estaba enteramente trazado el papel de la Reforma; debía refor-

mar conservando; y los reformadores fueron, en efecto, esencialmente conservadores. Bossuet confiesa que los protestantes atestiguaron en un principio una gran veneración por la autoridad de la antigua Iglesia, aún cuando les reprocha esta moderación como un señuelo para engañar á los fieles (1). No vió el historiador de las *Variaciones* que la conducta de los protestantes era, más que una necesidad de posición, una condición de su existencia. Todas las revoluciones deben tener un principio conservador, un lazo con lo pasado si no han de fracasar; y por eso precisamente no prevalecieron las sectas de la Edad Media, por ser demasiado revolucionarias: las revoluciones radicales son imposibles, porque conducirían á la destrucción de la vida. El cristianismo tuvo que aceptar lo pasado, y el protestantismo ha tenido que aceptarlo igualmente; que sólo á esta condición se puede cumplir el progreso. Pero la Reforma tenía este carácter conservador más que cualquiera otra revolución, porque quería permanecer cristiana; rechazó como un crimen la idea de que pudiera haber una religión más perfecta que la creencia evangélica revelada por el Hijo de Dios, y no tenía más que un fin, el de reanimar el sentimiento cristiano, que se extinguía bajo el imperio del catolicismo. La Reforma era, pues, en su esencia conservadora. Ciertó es que tenía también un lado revolucionario; mas ella misma lo ignoraba en cierto modo, porque estaba oculto en las inconsecuencias de su doctrina. No dieron, por otra parte, los reformadores satisfacción á todas las necesidades que se habían producido en la Edad Media, y no llegaron á destruir el movimiento filosófico; lejos de esto, fué en el seno del protestantismo donde encontró la filosofía sus más nobles representantes, y la filosofía condujo á los protestantes al racionalismo, es decir, al abandono de la religión revelada. Tampoco llegó la Reforma á extirpar la incredulidad; la detuvo, pero fué impotente para destruirla (2), porque la incredulidad tenía su razón de ser en el elemento supersticioso del cristianismo, y conservaron el germen de la superstición los reformadores manteniendo la revelación.

La Reforma fué, en definitiva, una transición entre la religión de la Edad Media y la religión de lo porvenir: es al catolicismo lo que la monarquía constitucional á la monarquía absoluta. La monarquía constitucional es una etapa en la marcha demasiado precipitada hácia la libertad y la igualdad; la Reforma es un alto en la marcha desordenada hácia la emancipación religiosa. Antes del establecimiento de las constituciones existía una lucha á muerte entre dos principios enemigos, la libertad y la monarquía; la monarquía representativa es un compromiso que satisface juntamente el elemento del progreso y el elemento de la estabilidad. Lo propio sucede con la Reforma: las herejías de la Edad Media excedían de las necesidades legítimas de una revolución y comprometían la existencia del cristianismo; la Reforma se apropió las doctrinas heréticas y rechazó las ideas revolucionarias y anticristianas. Así dió á la par satisfacción al sentimiento cristiano y á la necesidad de la libertad religiosa, emancipando á los creyentes del yugo de la Iglesia. Pero la Reforma contenía un germen de disolución; eran en el fondo contradictorios los dos elementos que pretendía conciliar; la libertad de pensamiento destruirá la Reforma, como la Reforma ha destruido el catolicismo.

No es, pues, la Reforma la última palabra de la humanidad, como no lo es tampoco el catolicismo. En vano se unen católicos y protestantes para negar la posibilidad de una religión no revelada; las cosas han llegado á un punto en que se necesita una religión nueva, un cristianismo progresivo, si se quiere que haya todavía una religión. El sentimiento religioso ha ido debilitándose en el seno de los países católicos; la reacción que hoy se produce bajo la influencia de circunstancias transitorias no puede ilusionar siquiera sino á los que se empeñan en no ver claro, pues que subsisten las causas que han producido la incredulidad; el indiferentismo en materia de religión, deplorado con tanta elocuencia por Lamennais, se oculta bajo esa apariencia de fervor religioso que se ostenta. En los países protestantes, el movimiento filosófico ha conducido á la negación de toda religión y de toda sociedad. Dichosamente al lado de este materialismo subsiste vivaz el sentimiento religioso; y si conserva las formas cristianas, no tiene, en realidad, de cristiano más que el nombre. En las sectas avanzadas del protestantismo, en las asociaciones

(1) BOSSUET, *Histoire des Variations*, lib. III (*Œuvres*, t. X, página 112 y sig. Edic. de BESANCON, 1840).

(2) MELANCHTHON dice que todo el mundo aplaude la Reforma á excepcion de los empedernidos epicúreos (SECKENDORF, *Hist. Lutheran.*, III, p. 439).

libres que se extienden por el antiguo y el nuevo mundo es donde se preparan los elementos de una nueva religion; y á ello contribuirá la filosofia, no la filosofia que mutila al hombre negando el sentimiento religioso, sino la filosofia que tiene en cuenta juntamente el sentimiento religioso y la libertad de la razon.

N.º 3.—La reforma social.

La Reforma ha emancipado al Estado y á la sociedad laica de la dominacion de la Iglesia; mas no ha innovado nada en el terreno social, como tampoco en el religioso, no haciendo más que continuar el movimiento de las ideas que se habian producido durante la Edad Media. Ya hemos dicho en otra parte (1) cómo protestaron las naciones contra la dominacion del pontificado. En el siglo XVI están ya constituidas las nacionalidades, y desde este momento se rompe la monarquía papal. La Reforma viene á dar una consagracion religiosa á este hecho cumplido. Lo propio sucede con la emancipacion de la sociedad laica y del Estado. Arruinada estaba la idea del poder espiritual ántes del advenimiento de la Reforma, y se habia arruinado de suyo, porque era falsa. La cristiandad vió en obra durante siglos el pretendido poder espiritual, y salvo algunas brillantes excepciones, la realidad fué en todo la contradiccion del ideal. No tenian los monjes más que la apariencia de las virtudes cristianas que debían practicar; la necesidad de conservar la apariencia de una perfeccion que no existía les hacía caer todavia en otro vicio, y el peor de todos, la hipocresía, esa lepra del alma que se podría llamar monacal, si Jesucristo no la hubiera ya vituperado en los fariseos. El celibato forzoso, que debía fundar un estado angélico, condujo en todas partes á una corrupcion espantosa; la renuncia del mundo sólo servía para inflamar la ambicion de los monjes, y la abdicacion de la propiedad desarrolló una codicia desenfrenada. No acusamos á los hombres, acusamos al monaquismo; que cuando una institucion viola las leyes de la naturaleza, tiene que producir monstruosidades. Al lado de la vida imposible de los monasterios existía la vida real, la vida laica; la reaccion de la realidad contra la ficcion era inevitable, y la ver-

(1) Véase la parte sexta de estos Estudios.

dad debía prevalecer. En el siglo XV lamentaba ya la cristiandad que hubiese monjes y reprobaba el celibato. No tuvo Lutero más que extender su voz, y cayeron los conventos con el celibato forzoso.

Si la idea del poder espiritual es falsa, falsa es también la dominacion de la Iglesia que de aquéllas se deriva; es una usurpacion de la verdadera soberania que reside en las naciones. No extrañemos, pues, que, á pesar de la ciega fe de la Edad Media, hubiera una reaccion creciente del Estado contra la Iglesia. El Estado, propiamente hablando, no existía, pero estaba en gérmen en los comunes; y desde que éstos se hubieron constituido, entraron en lucha con los clérigos, y la monarquía, apoyada por los legistas, vino en su auxilio. La Iglesia defendió con obstinacion lo que llamaba su libertad; mas la libertad de la Iglesia era la sujecion del Estado; los legistas tenían, pues, á su favor el buen derecho; el genio de Roma pagana prevaleció sobre la Roma cristiana. La ruda guerra que los hombres de ley hicieron á las gentes de Iglesia alcanzaba á la jurisdiccion y á las inmunidades del clero, cuyo poder temporal era al mismo tiempo atacado por completo. Desde el siglo XII quiso *Arnaldo de Brescia* reducir al clero á su mision religiosa y devolver la soberania al Estado; pagó su temeridad con su sangre, pero de ella nacieron vengadores; la doctrina condenada por la Iglesia llegó á ser la creencia universal de la sociedad laica.

Tal era el estado del poder espiritual en el siglo XV; la Iglesia estaba en plena decadencia, y ella misma acabó su ruina desgarrándose en un largo cisma; habiase visto intervenir á los papas en la Edad Media para establecer la paz entre los príncipes; en el siglo XV se vió intervenir á los príncipes para dar la paz á la Iglesia; y donde encontraron la más fuerte resistencia fué en la Iglesia misma; el clero, como todos los poderes que se van, estaba ciego; desde entónces dejó la Iglesia de dominar al Estado; fué la sociedad laica quien dominó á la sociedad religiosa.

No fué, pues, la Reforma quien rompió el poder espiritual; este poder estaba deshecho en pedazos cuando los reformadores atacaron á la Babilonia romana; y éstos no hicieron más que proseguir la obra de los legistas, volviendo á poner la Iglesia dentro del Estado; dieron una fuerza in-

mensa al principio de nacionalidad, arrancando de Roma la mitad de la Europa cristiana, y desarrollando el elemento individual que existe en la religion, como en todas las manifestaciones de la vida. No fué completa, sin embargo, la emancipacion de la sociedad laica. Quedó á la Iglesia, aún entre los protestantes, el prestigio de un poder espiritual llamado, no ya á dominar, sino á dirigir los destinos de los pueblos, y esto ha bastado para resucitar en nuestros días pretensiones que se creían sepultadas en la tumba de la Edad Media. La Iglesia trata de reconquistar, por medio de la educacion, el poder que se le ha escapado: vana tentativa que

condena la historia, esta voz de Dios. El catolicismo absorbe al individuo y á las naciones, mientras el movimiento de la civilizacion tiende á secularizar las naciones y el individuo, dando á las naciones la soberania y la independencia que les viene de Dios, al individuo la libertad de accion que es compatible con la soberania nacional. Independencia y soberania de las naciones, libertad del pensamiento: hé aquí las grandes conquistas hechas por la humanidad contra la Iglesia; la gloria de la Reforma es haber asociado á estas victorias su nombre.

LIBRO PRIMERO

LA REFORMA

